



## BENEMÉRITA Y CENTENARIA ESCUELA NORMAL DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ.

TITULO: Pobreza y magisterio en la narrativa de Jesús R.  
Alderete

---

AUTOR: María Guadalupe Escalante Bravo

---

FECHA: 2015

---

PALABRAS CLAVE: Magisterio, Pobreza, Escuela normal,  
Narrativa

## POBREZA Y MAGISTERIO EN LA NARRATIVA DE JESÚS R. ALDERETE

María Guadalupe Escalante Bravo

Jesús R. Alderete fue uno de los veintiocho estudiantes que se inscribieron en la Escuela Normal para Profesores, el 2 de enero de 1913. Poco tiempo después, ocurriría el asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, a partir de entonces, y posteriormente con el ascenso a la Presidencia de la República de Victoriano Huerta, la relativa tranquilidad que se vivía en la institución normalista después del triunfo maderista se vería trastocada por varios años y no volvería a ser la misma. Un año después, solamente se inscribirían a la institución seis jóvenes: Gregorio Malagón, Roberto Gutiérrez, Jesús R. Alderete, Alfredo Moreno, Juan Francisco Torres e Ignacio Dauahare. En 1948, Alderete publica su novela *Martín Román*, no registrada dentro del canon de la narrativa de la Revolución Mexicana, pero que convendría incluirla.

En 1913, al frente de la administración estatal estaba el primer gobernador surgido de la Revolución, el doctor Rafael Cepeda, y como director de educación, David G. Berlanga. Berlanga tomó posesión del cargo, un año antes e inmediatamente emprendió una reforma educativa que tuvo como fundamento las exigencias sociales del movimiento revolucionario de Madero y en las más actuales incorporaciones pedagógicas y psicológicas en la enseñanza y el aprendizaje de los estudiantes de instrucción primaria y normal. La educación de los normalistas fue una de las áreas que Berlanga atendió con mayor énfasis, desde las condiciones estructurales de los edificios escolares hasta una reforma curricular que privilegiaba aspectos sociales y metodológicos. En esta tarea, lo acompañó como director de la escuela normalista para varones, el profesor Alfredo Uruchurto, amigo de Berlanga y compañero de estudios en la ciu-

dad de México, ambos recibieron del gobierno porfirista una beca para realizar estudios en Europa (Ramírez: 86). Alderete reconoce el carácter reformista de la labor de estos profesores, después de una conservadora formación docente porfirista:

La Escuela Normal era alegre por el espíritu de renovación que le infundían sus directores, y por el sello vibrante de juventud que le imponía aquel grupo de muchachos que llevaban ilusiones a muchas atmosferas, sueños por toneladas, ímpetus de potros salvajes (Alderete: 22).

Un año después del ingreso de Alderete a la institución normalista, este ambiente de libertad y reforma se transformó, al asumir la gubernatura Francisco Romero, incondicional de Victoriano Huerta. Un mes después del asesinato de Madero, Berlanga, de origen coahuilense, tomó la decisión de adherirse a los estados del norte que no aceptaban el gobierno huertista, su partida dejó inconclusa la reforma educativa normalista, sin embargo, con sus acciones se establecieron las bases de una educación que trataba de incorporar a las mayorías. El narrador hace énfasis:

Las noticias que llegaban del norte y del sur de la República, eran trágicas: la muerte de Madero y Pino Suárez habían tenido una repercusión sangrienta, cuyos alcances no podían preverse. Un régimen militar sucedió a un régimen constitucional y todo aquello que acontecía tan lejos, inquietaba a Martín, lo entristecía (39).

A partir de ese momento, San Luis Potosí fue gobernado por un representante de casi todas las facciones revolucionarias que entraban en la ciudad, incluyendo en algunos breves periodos a integrantes de la otrora élite porfirista. Las posturas de los revolucionarios coincidían en algunos aspectos sobre las características de la educación que debería recibir el pueblo, unos más radicales que otros, pero la mayoría, coincidían en que la educación era el camino para que las personas fueran conscientes de sus derechos. Un fragmento del breve discurso de don Manuel W. González en la

toma de posesión de la gubernatura de Eulalio Gutiérrez hizo alusión a los fines de ese movimiento y comprometió al nuevo gobierno con los ideales educativos de la Revolución, destacando su función conscientizadora:

La Revolución constitucionalista es una Revolución de principios. Aparte de restaurar el régimen constitucional, nos proponemos acabar con los viejos moldes del pasado, para impulsar vigorosamente el desarrollo de todas las fuerzas vivas generadoras de la grandeza nacional; educar al pueblo en la grandeza pura de la democracia para que ejercite conscientemente sus derechos políticos (Velázquez: 324).

En este contexto, Alderete se formó como profesor normalista. Algunos de los gobiernos revolucionarios intentaron concretizar en la educación, la ideología de la Revolución. Algunas de las decisiones fueron contradictorias, como resultado de las creencias sobre las características de la educación que debería recibir el pueblo, pero, también influidas por las precarias condiciones económicas, que vivía el país, y el estado. Sin embargo, fue en este periodo cuando realizaron cambios sociales sustanciales. Estas circunstancias no fueron ajenas a los jóvenes estudiantes normalistas. El narrador de *Martín Román* alude a la inquietud que provocaban estos hechos:

La época era de fronda, las ideas más encontradas circulaban en ese tiempo y el dilema social se debatía entre la dictadura y la Revolución. Abundaban entre los estudiantes, los tímidos y los diferentes; pero la mayoría era herética y conspiradora, gustaban del acre veneno de la rebeldía (Alderete: 22).

Los acontecimientos producto de las decisiones gubernamentales fueron la clausura de la Escuela Normal para Profesores durante el gobierno huertista, ante la negativa de los estudiantes para participar en eventos de guerra; la incorporación de las dos Escuelas Normales al Instituto Científico Literario por algunos meses y la posterior desorganización que provocó que ambas instituciones ce-

rraran sus puertas, la fusión de ambas instituciones en una Escuela Normal Mixta fueron los eventos que vivió Alderete durante su formación como profesor normalista. ¿Cómo afectaron estos acontecimientos al muy joven estudiante normalista que posteriormente se reflejarían en su narrativa? ¿Qué elementos de la identidad normalista están presentes en su narrativa? ¿Cómo un joven profesor percibía los cambios educativos que generó el movimiento revolucionario? Son preguntas a las que Alderete intenta dar respuesta en la novela de *Martín Román*:

Y así vivió Martín varios años, fiel al propósito de ser algo, de salir de la condición de paria y de ilota. Entre las convulsiones de la guerra civil, entre los horrores de la anarquía y el desconcierto, aquellos dos seres se afianzaron en el cruento camino de sus destinos. Ella superando a una madre, él rendido de gratitud como un hijo (45).

La coyuntura que provocó la Revolución situó a Alderete entre dos formas de formación normalista, por un lado estaba, el maestro normalista porfiriano formado en el exceso de reglas y normas, en la obediencia, la disciplina militar y el deber que tenía con la educación de los niños, más allá de las necesidades personales. Puiggrós señala que el periodo normalista tuvo como propósito lograr un sistema perfecto, en el que no cabía el error, para lograrlo se utilizaron miles de reglamentos escritos y de indicaciones verbales (Puiggrós: 21). Al maestro formado en este periodo, Otero lo define:

El magisterio potosino, en su aparente grupo organizado, estuvo dividido en el pasado movimiento en tres grupos y estos subsistirán no sé hasta cuándo. Uno de ellos, pequeño en su cantidad, morbosos por sus tendencias, verdadero lastre, verdadero obstáculo para el mejoramiento definitivo. Este grupo está hecho por aquellos maestros que han hecho del magisterio, un apostolado, que su advocación los lleva al sacrificio [...] (Otero: 22).

Y la transición al maestro participante en la Revolución, que creía en los cambios sociales que podrían establecerse como resultado del movimiento. Al maestro que se resistía a seguir con actitudes de obediencia, que ya no aceptaba cómo pasaban las decenas y el sueldo no llegaba, que veía cómo el presupuesto del gobierno se gastaba en cuestiones ajenas a la realidad del estado. Era el maestro que tomaba decisiones, capaz de intervenir en el mundo y de influir en la sociedad (Gidenns: 51):

El otro grupo, afortunadamente el mejor, por sus tendencias, por su espiritualidad y por su conciencia social de la época, así como también respetable por su fuerza creadora. Este fue el agente director que incubó y realizó una de las protestas más justas en contra de los malos gobernantes, y cuya protesta, la sociedad aprobó. Este es el grupo del porvenir (Otero: 22).

En 1930, estos dos tipos de maestros potosinos serían reconocidos por Rafael Otero, contemporáneo de Alderete cuando critica la postura de algunos de los profesores y profesoras en el desarrollo de la huelga de ese año; a los que se formaron durante el Porfiriato les adjudicó la pasividad y la falta de compromiso con el movimiento, actitudes que atribuía al tipo de formación porfirista.

Si la sociedad establece los medios para establecer categorías a las personas y los atributos que perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una de estas categorías (Goffman). Durante el Porfiriato los medios que utilizó la sociedad tenían como origen, el propósito de mantener el orden social: los principales fueron las diferencias de género y de clase social. La educación normalista no fue ajena a esta construcción social, y se estableció una formación diferenciada: a los hombres se les formaba en la disciplina militar y el conocimiento científico; a las mujeres, en la educación doméstica y científica. Para ambos se instituyó el internado; uno de los dispositivos más eficaces para impregnar en los estudiantes el espíritu del maestro. Espíritu sedimentado en la vocación, en el sacrificio (Rodríguez).

El surgimiento de la escuela pública en las sociedades latinoamericanas en el siglo XIX, hizo necesaria la formación de los profesores y la creación de las Escuelas Normales, este proceso, aunque tuvo características contextuales particulares, compartió aspectos comunes, uno de ellos, fue la asociación que se hizo del trabajo del maestro con otras ocupaciones, principalmente con las tareas que realizaba el sacerdote y el militar. En los tres, un elemento imprescindible fue la vocación. Domingo Faustino Sarmiento, presidente argentino de mediados del siglo XIX tenía muy claro que la formación del maestro era una necesidad, pero quienes aspiraran a serlo deberían poseer una inquebrantable vocación:

El maestro no se improvisa: hay en él como en el militar y en el sacerdote, una vocación de su estado, sin la que no puede sostener sus fatigosas pruebas y una instrucción especial que la prepara, la fecunda y a veces la inspira con la revelación de sus altos deberes y el conocimiento de su influencia sobre las generaciones nacientes (Sarmiento: 131).

A la vocación se le atribuyeron funciones y características particulares, por una parte parece vérselo como una fuerza interior que podrá sostener las dificultades de una tarea y susceptible de perfeccionarse a través de una formación específica, que además, de conocimientos y habilidades; impregnaba en los estudiantes compromisos y responsabilidades que iban más allá de las tareas de una profesión: se extendería a las generaciones venideras.

La vida de Martín Román, personaje central de la novela de Alderete, gira en torno de las etapas y características de la profesión docente: la obtención de un título, los primeros años de trabajo y como una constante; los bajos salarios que representaban carencias e impotencia en la vida personal de los profesores y profesoras, aunado a la impuntualidad en el pago, en el mejor de los casos. Situaciones que en la vida cotidiana porfiriana se establecieron y durante el movimiento revolucionario siguieron presentes, no por las intenciones de los gobernantes, sino por las frágiles condiciones económicas del momento.

Si partimos de la idea de que una identidad colectiva se construye con las aportaciones, por un lado, de quienes tienen el poder y las posibilidades de establecer y tomar decisiones en ese sentido; y por otro, de los mismos sujetos, que asumen las características que socialmente les han sido impuestas (Pérez en Nebbia: 195), entonces podríamos decir que algunos de los rasgos que se adjudicaban a los profesores de fines del siglo XIX y principios del XX, estaban cimentadas en el origen social de los estudiantes, en el valor social que se daba a la profesión, no siempre coincidente económicamente; en los rasgos que privilegiaban una determinada preparación.

En San Luis Potosí, la formación de los profesores y profesoras se rigió por las diferencias de género y la clase social. A partir del primero se organizó la educación primaria y normal; escuelas y planes de estudio segregados. El segundo se concretizó en el acceso a la educación, desde la posibilidad negada para quienes vivían en lugares alejados de las grandes poblaciones y para los varones, después de la instrucción primaria, la Escuela Normal como única posibilidad de educación superior. Para las mujeres, la situación fue casi semejante, la diferencia estribaba en que, quienes podían acceder a la Escuela Normal para Profesoras eran de clase media. Eran limitadas las posibilidades educativas de las mujeres con escasos recursos económicos. Durante la Revolución, ser maestra se convirtió en una profesión determinada por la condición económica y de género, “ser mujer y ser pobre, obligaron a pensar a la docencia como única opción de estudio y superación” (Auces: 56).

Julia Varela y Félix Ortega (146) señalan que la función de una profesión y el prestigio que construye se definen en primer lugar, por el origen social de quienes la conforman y, por otro lado, por la percepción que se tiene de la profesión: a quien está destinada y la función que tendrá socialmente. En el caso del magisterio, en el Porfiriato, ya era una profesión poco valorada por los varones, lo que se debía fundamentalmente a la exigua remuneración que los gobiernos le asignaban. Varela sostiene que existen dos rasgos recurrentes de los estudiantes varones de profesorado en España: bajo estatus y ruralidad (147). El primero representaba, por una parte, la

imposibilidad de acceder a otra carrera. Al ser pobre el magisterio no era una opción, era una elección forzada, no existían otras opciones de carrera, si no se tenían los recursos económicos para cursarla (Bourdieu y Passeron: 19).

En San Luis Potosí, la condición de pobreza de los estudiantes fue una característica constante, así que, prácticamente, durante todo el Porfiriato, la mayoría de los estudiantes normalistas eran “motivados” por el gobierno para cursar la carrera de magisterio a través de una “beca de gracia”, la cual consistía en que, al ingresar a la institución se les proporcionaba ropa, comida, alojamiento y libros. Estas condiciones se sostenían durante toda la carrera. A cambio, al egresar, el profesor recién titulado estaría comprometido para cumplir un periodo de trabajo de seis años en una escuela pública. Este compromiso se firmaba ante la autoridad del partido político.

Durante los últimos años del Porfiriato y los primeros de la Revolución Mexicana, el número de estudiantes con beca de gracia fue una constante. Las becas podrían ser otorgadas por múltiples vías y diferentes motivos: directamente por el gobernador, como facultad que le otorgaba la ley de educación y por los municipios, quienes aportaban una pensión mensual de 120 pesos por cada estudiante becado. Las posibilidades de becar a los estudiantes eran diferentes para cada municipio, quienes poseían más recursos, podían becar más de un estudiante. Por otra parte, se estipulaba que las becas deberían otorgarse a los jóvenes con mejor aprovechamiento académico, los cuales eran elegidos por los jefes políticos de los partidos, esto puede cuestionarse, ya que se esperaba que los estudiantes reunieran inteligencia y disposición para estudiar la carrera, esto no siempre coincidía. No hay evidencias de que se privilegiara el otorgamiento de una beca a algún estudiante por motivos que no fueran la pobreza y el buen aprovechamiento, pero sí hay certeza de que algunos de los padres solicitaran por escrito el acceso a la institución.

Tabla 1  
Estadística de alumnos internos y externos

Año	Número de alumnos	Internos	Externos	Alumnos que desertan
1909	71	52	19	
1910	70	52	18	Se va 1
1911	52	48	4	Se van 18
1912	74	71	3	
1913	31	31		Se van 43
1914	6	6		Se van 25
1915	47	47		Llegan 41

Fuente: AHBECENE. Sección Administración escolar, subsección alumnos, serie Matricula 1909 -1915.

La mayoría de los estudiantes que asisten en este periodo tenían “beca de gracia”, aunque después de 1912, la población de estudiantes disminuyó, provocado probablemente por la situación de inestabilidad y guerra del movimiento revolucionario y en la que participaron algunos de los estudiantes normalistas.

Este es el contexto que aparece en la novela de Jesús R. Alderete. En la narrativa de Alderete pueden distinguirse ejes que entrecruzan la vida del personaje: el magisterio y pobreza. Los últimos años del Porfiriato hasta los primeros años del siglo xx, en un contexto que describe la vida cotidiana de la gente del pueblo, sus amores y desamores, la ternura, las decepciones, las pérdidas físicas y emocionales, las lealtades y los sentimientos, que en ocasiones produce la pobreza. Así al referirse a Martín Román, Alderete describe las condiciones de pobreza del jovencito:

No; no podía aunque quisiera; todo su yo respiraba pobreza; pobreza de cuerpo, pobreza de vestido; con el calzado viejo y roto no es posible afianzar el paso de la gallardía, con los pantalones remendados y la chaqueta desteñida no es posible lucir el palmito de la verdad (Alderete: 24).

Conjuga en este párrafo dos sentimientos, por una parte, los que provocan la pobreza en sí y que puede observarse en el cuerpo; por otra, la relación de esta condición con el cuerpo juvenil, la pobreza no deja lucir la galanura, la fuerza, la virilidad, la juventud. Esta condición de pobreza podría ser aliviada mínimamente con el ingreso a la Escuela Normal para profesores, una posibilidad relativamente “fácil” para los varones que cumplieran con los requisitos académicos y una esperanza para concretizar sueños:

El director apretó un timbre y a poco apareció el prefecto don Teodorito, a quien por su estatura y manera de caminar, habían puesto los muchachos, el sobrenombre el “Pato”. Un nuevo alumno dijo el director, que cause alta como alumno interno y a ver si es posible que le consigan algunas prendas de vestir que le faltan. Es un pobre muchacho con la “piel pelona”. El prefecto se retiró con el nuevo pupilo para tomarle sus generales, proveerlo de ropa de cama, señalarle lugar, sitio y obsequiarle los libros de texto para el año en curso (56).

La Escuela Normal se convirtió así en la única esperanza que tenían los jóvenes de escasos recursos, no solamente de posibilidades de estudio, después de la instrucción primaria; era, para algunos la oportunidad para satisfacer necesidades primarias: tener un alojamiento seguro y comida diaria.

Esta condición de pobreza inicial de los estudiantes, acompañaría la docencia del personaje y se reflejaría en su vida personal y profesional. La primera afectaba la toma de decisiones de vida, con los raquíticos sueldos, apenas se podía pensar en tener una novia, una familia; se sabía que aún y cuando se tomara la decisión de hacerlo, la pobreza era una condición permanente que se incrustaría en la vida de otros. El narrador, describe los anhelos del profesor recién egresado y los sueños rotos ante la imposibilidad de concretarlos prontamente.

Pero en verdad, nunca en verdad se le había ocurrido lo del casorio. Y nunca se le había ocurrido, no porque dejara de considerar que el

matrimonio es el estado perfecto del hombre, sino porque simplemente no tenía ganas y porque habiéndolo pensado alguna vez, lo perfecto resultaba muy costoso. No contaba con un presupuesto capaz de resistir erogaciones imperativas. Cierta vez hizo una alcancía en monedas de oro, se puso algo animado sobre el particular y empezó a echar cuentas: el vestido blanco, por lo menos cien pesos; el casamiento civil y la licencia a domicilio, pues otros cien; el matrimonio religioso con reclinatorios y alfombra, otros cien; y se hundió en el dédalo de los cien. Al reparar que en la alcancía sólo tenía 75 pesos, cayó en un decaimiento erótico [...] (62).

Los raquícos sueldos no correspondían con los años que se les dedicó al estudio en la Escuela Normal, era esta una de las razones principales del desprestigio que tenía la carrera entre los varones, en algunas ocasiones quienes se dedicaban a un oficio o desarrollaban un empleo casual obtenían mejores ingresos, un ejemplo eran los conductores de carruajes. No fueron pocos los estudiantes que en un primer momento ingresaban a la Escuela Normal becados, cursaban algunos años, obtenían algunos conocimientos que pudieran serles útiles para desarrollar otros empleos, como contabilidad; así, desertaban de la institución y se empleaban en despachos públicos. Las autoridades educativas lo asociaban a la falta de vocación de los jóvenes o a las condiciones de pobreza de las familias, que requerían la incorporación temprana a un trabajo remunerado (SIPYBA).

En el terreno profesional, la pobreza también era palpable, en los edificios escolares, en los muebles donde se sentaban los niños, en la falta de materiales para llevar a cabo la enseñanza. Al fin de cuentas, dice Martín Román, “los muebles destartalados es uno de los tantos detalles de la vocación” (53). El sentido de la vocación, en los labios del personaje coincidía con el significado que las autoridades le otorgaban; el maestro debe desarrollar su trabajo aún en las peores condiciones, era una vocación puesta a prueba constantemente: bajos salarios, escuelas empobrecidas, exigencias de eficacia en estas condiciones, diferencias de género que se concretizaban en los salarios, condiciones laborales y quién sabe qué otros detalles.

La escuela de Villa Alegre, era como muchas otras, un salón estilo Lancasteriano dividido por grandes arcos, la escuela más bien era una anexo de la secretaría de la Parroquia. Cuando la H. Comisión de la Instrucción Pública hubo hecho la entrega, bajo un riguroso inventario, Martín se dedicó a corroborar si efectivamente la nota puesta en cada renglón de en “mal estado” era un hecho. Efectivamente, los escritorios, pupitres, bancas y armarios andaban muy quebrantados y ya casi tiraban a exmuebles escolares; pero para tal edificio tales muebles y para aquella caterva de indios, tal escuela, según la incuria y el abandono (53).

Uno de los rasgos de la educación pública porfiriana fue la inclinación del gobierno para atender preferentemente las necesidades que en este rubro, tenían las ciudades y las grandes poblaciones. Para 1910, el estado de San Luis Potosí en México tenía 627 800 habitantes, de los cuales 488 894 vivían en el medio rural y solamente 138 906 vivían en el medio urbano, es decir, un poco más del 22% de la población tenían acceso a una educación (<[www.inegi.org.mx](http://www.inegi.org.mx)>). Los comentarios que hace Román acerca de las condiciones de las escuelas y sobre quienes asistirían a ellas, coincide con las privilegios que tenían quienes estaban favorecidos socialmente y una evidente discriminación a los pobres y grupos indígenas. Las condiciones de las escuelas correspondían a la decisión de abandono y negligencia que tomaban las autoridades estatales.

Otro de los rasgos que algunos autores otorgan a algunos de los estudiantes de magisterio era su origen rural. En países como España, los alumnos de magisterio procedían en un alto porcentaje de poblaciones con menos de 20 000 habitantes, más de la cuarta parte, tenían un origen netamente rural (Varela y Ortega: 147). Durante el Porfiriato, en San Luis Potosí, de las cuatro regiones del estado acudían estudiantes que ingresaban a la Escuela Normal para profesores. Aunque, en la misma medida predominaban de dos regiones: de la ciudad de San Luis Potosí y de la huasteca (Escalante: 205).

Esta condición podría deberse a la labor que realizaban los jefes políticos de los partidos que conformaban el estado, ellos eran los

responsables de reclutar a los jóvenes que poseían buen aprovechamiento, dispuestos al estudio y a comprometerse con el estado. Martín Román aunque no habitaba en el medio rural, sí sobrevivía en los lugares más pobres de la ciudad.

La calle en donde vivía la madrina Lupe, era una de tantas calles de arrabal, lóbrega y triste. Solo había una fachada de casas con la fachada al oriente; las fachadas eran algo incoloro, desteñido, con grandes lunares por la falta de enjarre. Al frente, una barda interminable, la de los talleres, quitaba al vecindario toda perspectiva. Durante el día y por la noche, ruidos de martillo, zumbidos de motores, silbato de locomotora, voces de alarma, vapor jadeante, el humo que pesadamente sofocaba los pulmones y nublaba la vista (Alderete: 44).

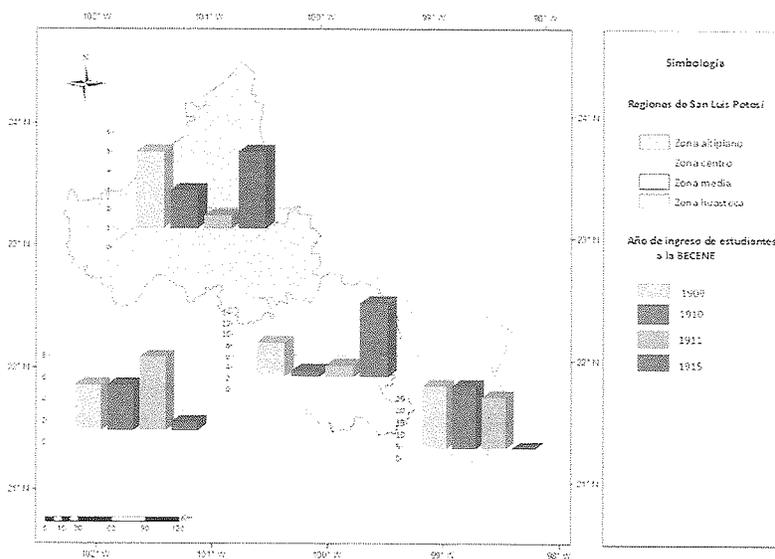
Durante casi veintisiete años, en San Luis Potosí, los profesores fueron formados en un amplio plan de estudios que consideraba cursos de contenidos científicos, humanistas y pedagógicos, además, de una férrea disciplina militar, casi con las mismas características de un cuartel. La formación de los profesores varones respondía al contexto que el estado vivía a fines del siglo XIX, una copia fiel de las circunstancias en las que se encontraba el país: un largo periodo de gobierno por una sola persona, un contexto de poder que se reducía a la toma de decisiones políticas, sociales y económicas de un reducido grupo de familias, quienes tenían un objetivo muy claro, el orden social basado en diferencias establecidas sobre el género y la clase social, que debería conservarse. Este pensamiento parecía estar impregnado en la piel y en la conciencia de quienes pertenecían a las diferentes clases sociales. Martín Román lo asume claramente al desistir de una relación amorosa, en estas condiciones:

El pantalón roto, hacia la parte donde la columna vertebral pierde su casto nombre, es como una grieta en el cuerpo, que nos rebaja y nos achica. Presentarse así, ante dama tan fina, tan bien trajeada, no era posible; el amor, la más alta expresión de la emoción humana, resultaba

MARÍA GUADALUPE ESCALANTE BRAVO

para Martín, un sentimiento condicionado por la prosa de las necesidades (38).

### Mapa del origen de los estudiantes normalistas durante la Revolución Mexicana.



Elaboración propia con datos del AHBECENE.

Para el gobierno, era obvio que uno de los ejes que mantendría este orden era la educación, por lo tanto era nodal el control de la formación de los profesores y profesoras. En el primero, se concentró el control más fuerte y en el que intervinieron más agentes políticos: a) una etapa de reclutamiento de los aspirantes a profesores, que realizaban los jefes de los partidos; b) el cumplimiento de algunos requisitos, como la edad, la ausencia de enfermedades contagiosas o cualquier deformación que provocara hilaridad, lo que debería comprobarse con un certificado médico; estudios comprobados de instrucción primaria y la firma de un compromiso, del aspirante ante el jefe político por seis años de trabajo en la escuela primaria al que fuere asignado, por el estado. Esta costumbre permaneció

durante la Revolución, salvo la intromisión de los jefes políticos, y se extendió a un mayor número de hombres y mujeres. Alderete menciona el ingreso de Román a la Escuela Normal:

Si es verdad que uno de los valores que distingue a la estirpe humana es el espíritu de sacrificio. Martín tenía parte de ese valor para emprender la tarea que se había propuesto: Estudiar en la Escuela Normal. Llegó a aquel plantel, medroso y lleno de azoro y el portero lo condujo a la antesala para esperar la audiencia. El corazón le palpitaba fuertemente estimulado por el licor de las sorpresas (44).

La autorización para el ingreso a la Escuela Normal y el otorgamiento de una beca era una facultad del gobierno, que asumieron también los gobiernos revolucionarios. En el caso de Román este fue el caso.

Al ingresar al internado, se les entregaba a los estudiantes ropa de cama, uniforme y los libros de las materias que estudiarían. El cuidado que los estudiantes tendrían de estos materiales era motivo de un examen continuo a través de los pases de revista que desde la disciplina militar se hacía frecuentemente. Aunque durante los primeros años del movimiento revolucionario, se habían sustituido algunas de las actividades militares; permanecían reglas que regulaban la estancia de los estudiantes, una de ellas eran los permisos para salir de la institución y las consecuencias que se tenían que afrontar, si no se llegaba a tiempo, antes de cerrar el establecimiento:

La dificultad estaba entre perder la cena y ganar el amor. Y claro, el amor es más fuerte, cuando la vida lo impone. Al caer la noche, Martín se fue sin licencia, corrió como un desesperado por entre los canelos de la calle de Arista y se apostó en la calle del Mesón (37).

Las licencias para salir, eran una de las prerrogativas que tenían los estudiantes en un fuerte control del tiempo en el internado. Aunque durante la Revolución, la distribución del tiempo en las actividades académicas y sociales, se había relajado, seguía contro-

lando el cuerpo de los jóvenes: levantarse a las cinco de la mañana durante el tiempo de calor, desayunar a las siete, cursos académicos de las ocho a la una, comida, descanso, cursos, cena, descanso y cierre del internado. Modalidad educativa que algunos teóricos como Foucault considera como el régimen de educación más perfecto (Foucault: 145).

El ingreso al internado era también el acceso a la formación militar; militares y profesores fueron los rasgos de los profesores del Porfiriato; para David G. Berlanga, era inconcebible que los jóvenes fueran sometidos a la disciplina de tal régimen y aunque se reformó, siguieron realizándose los ejercicios militares y el uniforme siguió representando el honor y el orgullo:

A formar –gritaba el habilitado sargento; y el grupo correría para alinearse en una de las callecillas y a esperar a dar el saludo al mayor Figueira, militar a la Porfiriana que siempre llegaba cinco minutos antes de la hora.

Silencio de tumba y saludo a la altura de la visera motivaba la presencia de aquel milite ochentón, que con voz flaca y ardiente ordenaba:

–¡Hijos, a tomar sus armitas y a hacer un poco de piernas; por el flanco derecho, marchen!

Y allá van a tomar el remington. Después el disloque... suspendiendo y a paso veloz los hacia correr hasta Morales en un trote bien marcado, tal como si fueran caballos ingleses. De vuelta la misma historia; alguna vez llegaron a desear que su mayor azotara, pero el veterano tenía más agallas que una trucha y exclamaba al fin:

–Hijitos, hay que asentar y marcar mejor el paso. Esto aumenta la resistencia y da más vida al movimiento. En el soldado debe haber, además de corazón, medida táctica y euritmia calculada (Alderete: 34).

El mayor Figueira, que menciona Alderete en la novela, corresponde realmente al mayor Figueiras, representante militar que durante el Porfiriato, le correspondía impartir la táctica militar, curso al que asistían los jóvenes como parte del plan de estudios; y responsable de las revistas de comisario, de prendas y libros que se

realizaban en la institución. La primera, también se aplicaba a los estudiantes de la Escuela Industrial y al cuerpo de gendarmes.

Desde los primeros años, el gobierno apoyó la formación militar de los jóvenes, no solamente las actividades militares que se realizaban en la institución y un curso teórico-práctico, también se adquirían las armas que portaban los estudiantes. En 1893, el gobierno adquirió 400 armas, que los estudiantes de las dos escuelas públicas a las que asistían varones usarían en las prácticas militares. Una de las coincidencias entre ambas instituciones seguía siendo la pobreza; a la primera asistían estudiantes que serían capacitados en algún oficio; a la segunda, jóvenes becados que se convertirían en profesores, ambos de origen social pobre. Al fin de cuentas de acuerdo con Loriga, “los pobres son los que van a la guerra” (Loriga: 25).

La formación militar, la juventud, las condiciones de desigualdad social que la mayoría sufría en carne propia fueron algunos de los motivos de los jóvenes que asistían a la Escuela Normal para tomar posturas en los acontecimientos que se vivían en el país. Primero con los líderes de la Revolución maderista, Madero, tan presente y conocido en el escenario potosino, el narrador describe las acciones que provocaban orgullo en los jóvenes al identificarse con las acciones de los líderes, acercarse a ellos, tocarlos, parecía hacerlos partícipes de sus pensamientos y sentimientos:

En corrillos y en juntas se comentaban las noticias, se discutía, se argumentaba. Cada uno quería hacer valer su prioridad de maderista. Y Martín entraba entonces a la pelea, porque para maderista, sólo él que había estrechado la mano de don Panchito y le había saludado cuando paseaba por la alameda. Y porque además su padre había sido amigo del señor Mascorro y el señor Mascorro había salvado al señor Madero (Alderete: 33).

En oposición a los sentimientos, empatía y adhesión para quienes buscaban aires de cambio y renovación para el país, estaban también, el cuestionamiento y la reprobación hacia el gobierno que había usurpado el poder legítimo, sentimientos que se tradujeron

en asumir posturas congruentes con su formación, su origen social y con el anhelo de igualdad. La muerte del presidente Madero fue un sangriento bofetón a la soberanía popular, significaba sencillamente para el hombre rústico la regresión a la dictadura militar, al imperio de los odiosos jefes políticos, de los jueces venales (Knight: 564).

El personaje Martín Román hace evidente las preocupaciones de la juventud: la leva. Y es que, en San Luis Potosí, el movimiento de leva, fue particularmente severo, Knight afirma que el gobernador recibió cartas amenazadoras de ciudadanos disgustados (641). La leva afectó de forma extrema a las clases humildes, las redadas del gobierno capturaban a las personas que salían, incluso de los espectáculos públicos (Falcón: 81).

La educación militar porfiriana de los estudiantes normalistas era de enorme valor. El gobierno huertista ya ofrecía este tipo de formación a la población civil; fue una de las medidas que se tomaron tratando de militarizar a la población (81). Sin embargo, aunque jóvenes, los estudiantes normalistas pretendieron que en medio del caos y la revuelta fueran escuchadas sus voces, su rebeldía; para algunos, un rasgo de la juventud, los llevó a resistir, a pensar que podrían influir en los acontecimientos:

A pesar de todo, la juventud tiene fe en el porvenir y cuando en una asamblea, la mayoría aprobó negarse a preparativo de defensa contra los rebeldes que ya incursionaban en los aledaños de la ciudad. Martín vomitó su coraje de Danton contra el nuevo estado de cosas y contra aquellos abusos de un gobierno de leva.

Cuando el gobernador Romero supo de aquella negativa y se dio cuenta de que la Normal era un nido de avispas mantenidas con el presupuesto, dictó la orden que refundía, más bien que hacía desaparecer aquella casa de estudios, puesto que en aquellos momentos lo que se necesitaban eran hombres para la guerra y no mentores para el alfabeto, ni menos de aquella clase que no eran gente de orden, sino chusma que merecía estar en la prisión de Ulúa (Alderete: 39).

En la narración es evidente la dependencia económica de las instituciones normalistas, de los gobiernos y por ello, se esperaba de ellas, la absoluta subordinación. También se exigía de ella, la preparación de “gente de orden”, esta característica fue el sello de la educación normalista del Porfiriato. Ante la rebeldía normalista, el uso del poder fue severo: la clausura de la Escuela Normal para profesores. Las actitudes de los estudiantes ante el “nuevo gobierno” fueron producto de la Revolución, particularmente de la temprana reforma educativa de David G. Berlanga, quien en dieciocho meses, logró sentar las bases de una formación docente con algunos rasgos diferentes a la porfiriana, uno de los cuales fue la introducción de asignaturas de carácter social y pedagógico: economía política, pedagogía, psicología y metodología.

Aún en situación tan crítica, los jóvenes seguían conservando la esperanza de ser escuchados y que se revirtiera la decisión de clausura, sin embargo, no estaban los tiempos para el diálogo. Era un contexto de violencia, de fragilidad económica y política del gobierno y de otro tipo de lógica:

Durante la cena, un grupo acordó que al día siguiente, una comisión entrevistaría al gobernador militar para protestar por aquella arbitrariedad. Martín, nuevo emisario, expresó algo cortado que no era justo, que se clausurara un establecimiento, simplemente porque el alumnado se negaba a prestar servicios que no estaban dentro de sus obligaciones, ni menos porque aquel pensaba diferente al criterio oficial. Aquella juventud debía ser libre de pensamiento y libre de conceptos y en ideas; para ser responsable mañana de los destinos de su propio estado y nación (40).

En la narración, aparece una creencia casi ingenua de los estudiantes de que serían escuchados y serían respetados sus derechos; derecho a pensar y actuar diferente. Por otra parte, aunque la mayoría de los estudiantes tenían un referente cercano de educación militarizada, la subordinación de los jóvenes no estaba garantizada, ya no respondía a los principios de una formación militar,

al contrario, exigían libertad para actuar y para pensar, como una característica de los nuevos ciudadanos, que además, se reflejaría en la corresponsabilidad de los jóvenes, en la construcción de un nuevo país.

El señor general impaciente y mirando con desprecio a aquellos parlamentarios, esmirriados y flacos, expresó rabiando: Y ustedes curritos muertos de hambre, piensan que con su alharaca pueden destruir un régimen que es fuerte en soldados y ballonetas... la guerra es nuestra ocupación, necesitamos soldados y no maestros, la educación será mañana, y miren amigos ya pueden largarse... Para nosotros los militares, sólo hay órdenes y no discursitos de pollos de a real que se apagan con la voz de los cañones (40).

Para el narrador es evidente que el gobierno identifica a los estudiantes normalistas como militares y les otorga, por tal motivo, la obligación de obedecer una orden; para los jóvenes normalistas, la supresión de la educación militar como tal, por órdenes del primer director general de Educación, David G. Berlanga, ya había modificado su percepción como militares y se asumían más como maestros, posición contraria a las necesidades de la guerra: su rol no era destruir, era construir a partir de la educación. Por otra parte, aunque en segundo lugar, se reconoce que la educación es necesaria, pero en tiempos de paz y tranquilidad.

Después del momento más álgido del movimiento revolucionario, el joven estudiante normalista estuvo involucrado en los constantes cambios que sufrió la Escuela Normal, motivados generalmente por decisiones de los gobiernos en turno: “Martín seguía cursando la carrera de su vocación y para ello corrió de la seca a la meca, del Colegio del Estado a la Normal de mujeres, de la Normal de mujeres a la Normal coeducativa” (45).

El narrador confirma en este párrafo, la importancia de la vocación, por otra parte, describe el recorrido de los estudiantes normalistas por las diferentes instituciones que alojaron a la Escuela Normal, mientras estuvo clausurada y al final: la Escuela Normal Mixta.

En la novela *Martín Román* es palpable la relación permanente entre la pobreza y el magisterio. Desde el origen social de los estudiantes, hasta condiciones similares cuando ya se ejercía la profesión magisterial. En una primera etapa, como estudiantes, la pobreza era uno de los ejes que regulaban la formación de los profesores: el origen social, el control, la regulación excesiva desde los requisitos de ingreso, el otorgamiento de becas a los varones como una forma de estimular la profesión fueron constantes durante todo el Porfiriato. La Revolución Mexicana como coyuntura provocó cambios en estas formas, se amplió el número de becas para los jóvenes aspirantes de origen social bajo, se relajaron algunos de los requisitos, se suprimió la educación militar; pero también hubo continuidades, la profesión docente ya era poco valorada, debido sobre todo a los bajos salarios de los profesores, así que era necesario seguir motivando el ingreso de varones a la institución, es decir, permaneció alto el ingreso de jóvenes de escasos recursos.

La presencia de la pobreza durante el ejercicio de la profesión no cambió. Para profesores y profesoras, la impuntualidad en el pago de los salarios y el bajo monto de los mismos fueron constantes inquietudes y zozobras para los jóvenes que se incorporaban a las escuelas públicas. Por otra parte, las malas condiciones del inmobiliario y de las escuelas, eran otra condición de desventaja en la tarea que realizaban los profesores, “un detalle de la vocación”, de acuerdo con el personaje de la novela de *Martín Román*. Pero, sobre todo una política educativa que no podía o no estaba interesada en crear las condiciones para una educación pública eficiente.

La pobreza también era rasgo que determinaba otras características de la profesión, en el caso de los varones porfirianos, fue la educación militar. Se formaba así a profesores-militares; las funciones de ambas tareas tenían un propósito: controlar. Controlar a través de la instrucción pública y controlar a través de las actividades militares.

A Jesús R. Alderete le correspondió vivir una época de cambios y de tiempos crueles y aciagos. El personaje central, Martín Román es testigo de guerras civiles y mundiales, dice el narrador, “una vida

inquieta y de zozobra que asistió a los partos dolorosos de la humanidad: vida inútil que contempló en la lejanía, los fieros lobos del ideal husmeando sobre la tierra ensangrentada y humeante” (13).

### Archivos

AHBECENE (Archivo histórico de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal del Estado).

AHSEER (Archivo Histórico del Sistema Estatal Regular).

### Referencias bibliográficas

- ALDERETE, Jesús, R., *Martín Román*, San Luis Potosí, Talleres Celorio, 1948.
- AUCES FLORES, María del Rosario, *Formación docente e inclusión educativa en el medio rural. Estudio de caso desde la narrativa de los sujetos*. San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2013.
- BOURDIEU, Pierre y Jean Claude Passeron, *Los Herederos, los estudiantes y la cultura*, México, Siglo XXI Editores, 2008.
- ESCALANTE BRAVO, María Guadalupe, “Crisis política, reforma educativa y reconfiguración institucional de la formación de profesoras y profesores en San Luis Potosí, 1911-1930”, Tesis, El Colegio de San Luis, 2013.
- FALCÓN, Romana, *Revolución y caciquismo*. San Luis Potosí, 1910-1938, México, El Colegio de México, 1984.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI Editores, 2005.
- GIDDENS, Anthony, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrurtu, 2003.
- GOFFMAN, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrurtu, 1998.

- GÓMEZ RODRÍGUEZ DE CASTRO, Federico, "El currículo de la formación del maestro. El momento histórico de la creación de las Normales en España. 1834-1857", *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 5, 1986, 159-176.
- KNIGHT, Alan, "La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional", *Contra Revolución y reconstrucción*, vol. 2, México, Grijalbo, 1996.
- LORIGA, Sabina, "La experiencia militar", en J. C. Levi, G. Schmitt (comp.) *Historia de los jóvenes. II La Edad Contemporánea*, Madrid, Taurus, 1996.
- MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA, *Antecedentes sobre educación secundaria y normal en la República Argentina*, Buenos Aires, Taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1903.
- NEBBIA, A. F. y Martín Mora, *Análisis Social e identidades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Plaza y Valdés, 2006.
- OTERO ESPINOZA, Rafael, *Crónica de una huelga. Doy gracias a la vida por la vocación de maestro que me dio San Luis Potosí*, San Luis Potosí, Impresiones Hernández, 2003.
- PUIGGRÓS, Adriana, *El lugar del saber: conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*, Buenos Aires, Galerna, 2003.
- RAMÍREZ HURTADO, Luciano, "Un profesor revolucionario. La trayectoria ideológico-política de David G. Berlanga (1886-1914)" tesis, El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Históricos, 2000.
- SARMIENTO, Domingo Faustín, *Educación Popular*. Buenos Aires, Lautaro, 1893.
- SIPYBA. *Congreso Nacional de Educación Primaria Reunido en la Capital de la República en el mes del Centenario. Informes correspondientes a los estados de Chiapas, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán y Zacatecas; territorios de Quinta Roo y Tepic*, tomo III, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1912.
- VARELA, Julia y Félix Ortega, "Los estudiantes de las Escuelas de Magisterio como grupo social" en *Manual de Sociología de la Educación*, Félix Ortega y María Eduvigis Sánchez (coord.), Madrid, Visor, 1989.

MARÍA GUADALUPE ESCALANTE BRAVO

VELÁZQUEZ, Primo Feliciano, *Historia de San Luis Potosí*, tomo III,  
San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2004.  
<[www.inegi.org.mx](http://www.inegi.org.mx)> consultado el 2 de julio de 2014